

# EL ITER, EN LA MEMORIA DE SUS 40 AÑOS DE ENSEÑANZA (1979 - 2019)

## Lectio inauguralis del año académico 2019 - 2020<sup>2</sup>

Rafael Andrés Borges Díaz, SDB

Agradezco a Dios su providencia por tener hoy la oportunidad de celebrar con ustedes, y en esta sede, la memoria de un trecho importante del camino de fe que recorreremos en Venezuela. Nuestro Instituto de Teología para Religiosos (ITER) viene consolidando una experiencia significativa en el campo del pensamiento teológico y filosófico que se va construyendo en Venezuela, en Latinoamérica y en El Caribe. Hacer memoria de estos cuarenta años de historia, da la oportunidad para seguir ahondando en las certezas y las convicciones genuinas que inspiraron un modo particular de potenciar en Venezuela el acontecimiento del encuentro vivo con Jesucristo. El recuerdo de estos primeros cuarenta años de nuestra historia nos permite formular algunas preguntas generadoras para seguir orientando la presencia significativa del ITER en el acontecer de la Iglesia en Venezuela.

La experiencia de los caminantes por el sendero de Emaús inspira también nuestro camino (*iter*), porque en su ejercicio académico cotidiano, con la investigación y la docencia, con la animación de las comunidades de fieles y la sistematización pastoral que hacemos de esos procesos, se va construyendo un modo específico de hacer teología y filosofía, en la configuración del discípulo misionero con Cristo, el Buen Pastor.

Se me pidió una intervención como relato testimonial; este servidor formó parte del primer grupo de estudiantes de teología, desde sus inicios académicos, el 1 de octubre de 1979; a los cuatro años, fui el primer sacerdote ordenado, el 8 de mayo de 1983. Luego, ya mejor capacitado, ejercité la licencia docente en las áreas de la teología fundamental y la teología sacramental, desde 1987 a 1998. Desde esa experiencia inicial y la sistematización de mi ministerio sacerdotal, organizo mis palabras en un proceso hermenéutico de

---

<sup>2</sup> Intervención del Pbro. Rafael Andrés Borges Díaz, sdb, exalumno de la primera promoción del Instituto de Teología para Religiosos, en ocasión la ceremonia de la apertura del año académico del ITER para el lapso 2019-2020, en el XL° aniversario de su camino en la enseñanza teológica en Venezuela. Caracas, 23 de septiembre de 2019.

reflexión, el que aprendí en el ITER y que me ha marcado a lo largo de mi camino de religioso y sacerdote. En primer lugar, hago mención de *los hechos vividos*, para destacar luego los *valores pedagógicos* que sustentan esa experiencia y que inspiran *una espiritualidad*, con la que contemplo los horizontes de la *tarea evangelizadora*.

Los componentes de este ejercicio de lectura teológica son los hechos, la pedagogía, la espiritualidad y la misión con que se han ido conformando y constituyendo el ITER.

## 1. LA RECUPERACIÓN DE LOS HECHOS INICIALES

En la década de los años 70, algunos formandos religiosos cursaban sus estudios de teología en el Seminario Interdiocesano de Caracas, Santa Rosa de Lima. Evaluando esa experiencia de comunión diocesana para su preparación al presbiterado, comenzó a gestarse la idea de contar también con un centro de estudios teológicos, gestionado entre todos los carismas de la Vida Consagrada presentes en el país. Fue así como se comenzó a darle base a esa iniciativa; en el clima eclesial de entonces, se veían con mucha esperanza los retos que se planteaban en la *Evangelii Nuntiandi* (Paulo VI, 1975). Ese mismo año los Superiores Provinciales fueron convocados por la presidencia de la Conferencia Venezolana de Religiosos (CONVER) para evaluar la conveniencia y la factibilidad de un Centro de Estudios de Teología para los Religiosos que aspiraban al ministerio sacerdotal, porque hasta la fecha en su mayoría cursaban esos estudios en el extranjero<sup>3</sup>.

Contando con un primer acuerdo favorable, se conformó una comisión que debía seguir estudiando los pasos siguientes del proyecto: los perfiles de una docencia teológica en las coordenadas socio culturales venezolanas, la significación específica de un estudio teológico con la riqueza de los diversos carismas de la vida consagrada, sin olvidar los aspectos de sustentabilidad financiera y estatutaria. Esa primera comisión estuvo conformada por los sacerdotes Eduardo Ortiz SJ, Pedro Trigo SJ, Pedro Drouin CJM, Nicolás Bermúdez CJM y Luciano Odorico SDB.

Según fue tomando cuerpo el proyecto, se aseguró el acompañamiento de la Conferencia Episcopal. Los encuentros y análisis fueron definiendo el consenso en tres focos que orientaban el camino; en primer lugar, una expresión

---

<sup>3</sup> Cfr. BERMÚDEZ N., *En los XXV años del ITER* = ITER 32 (Septiembre – Diciembre, 2003), 12-17.

que por entonces recogía la intencionalidad de ese esfuerzo conjunto, tenía que ver con que la *Vida Consagrada aconteciera en Venezuela*, es decir que fuera reconocida como parte significativa de *kairos* salvífico de Dios para este pueblo. Ese importante aporte era tema frecuente de reflexión en las Asambleas de la CONVER, en las casas de formación inicial y en diversos foros de reflexión y espiritualidad.

Un segundo foco de interés para el nuevo centro de estudios lo constituía la riqueza de los carismas compartidos, el potencial de la intercongregacionalidad a favor de la experiencia académica teológica. Y el tercer foco, que desde el inicio pidió los mejores esfuerzos para un discernimiento eclesial, fue la opción pedagógica por el *desde dónde* se orientaba la responsabilidad de dar razón de la fe en Venezuela y en América Latina; se trataba del delicado asunto de la epistemología para el desarrollo de la formación inicial en la vida consagrada, en particular de los futuros religiosos presbíteros, estudiando la teología desde los planteamientos posconciliares de la Revelación de Dios, que junto a la Sagrada Escritura, a la Tradición y al Magisterio eclesial, comporta también leer el paso de Dios en los contextos socioculturales de Venezuela.

Ese esmerado camino de reflexión conjunta, no siempre fácil para el logro de los consensos iniciales, significó una auténtica experiencia de *sinodalidad*. El 7 de noviembre de 1977 la CONVER decretó la fundación de esta nueva institución con la inspiración de un centro intercongregacional para los estudios teológicos.

Para entonces en Venezuela se vivían los contrastes severos propios de nuestro contexto socio político y cultural. Los conflictos del Medio Oriente de 1973 produjeron el alza del precio del petróleo y a Venezuela le significó una irrupción inesperada de mucho capital; y con ello, el inicio de lo que fue llamado la Venezuela saudita. Esa etapa de gran potencial para el desarrollo nacional, estuvo acompañado por el derroche irresponsable, el desinterés por la mayoría desfavorecida y el incremento de la corrupción en los altos niveles del ejercicio político, con las serias consecuencias en el campo de la educación, de la salud, en el desempeño laboral. En lo político, aunque se venía dando la alternancia democrática, no se cultivó debidamente el ejercicio de la participación ciudadana, por medio de una veeduría social para el ejercicio de los Derechos Humanos.

Ese complejo proceso de desorden social tiene unas fechas que en nuestra historia marcan la inflexión hacia la crisis: el viernes negro, 18 de febrero de 1983; y el caracazo del 27 de febrero de 1989. A la pastoral y a la teología en

Venezuela se le venían exigiendo unas respuestas más cónsonas para que la fuera una experiencia significativa de sentido, para la salvación de un pueblo en medio de una crisis creciente, en particular en medio de la mayoría de la población más necesitada.

Por esos años se respiraba un particular entusiasmo de compromiso pastoral y teológico en la Iglesia de América Latina y El Caribe, encaminada a la tercera Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, por desarrollarse en Puebla el año 1979. Las consultas de base, los foros parroquiales y diocesanos, junto al empeño de preparación en los grupos de apostolado, hizo que muchas fuerzas vivas de la Iglesia avivaran su compromiso bautismal con la ilusión de ese acontecimiento continental, retomando las expectativas que se habían generado, diez años antes, en la segunda Asamblea realizada en Medellín.

Las consultas y acuerdos para las *curricula* y la pedagogía del nuevo centro de estudios se enriquecieron también con la Constitución Apostólica *Sapientia christiana*, que aunque preparada por San Paulo VI, fue promulgada luego por San Juan Pablo II, el 29 de abril de 1979.

En ese clima se vivieron los preparativos para el nuevo Instituto de Teología para Religiosos. Es así como los primeros estudiantes fuimos inscritos y convocados en el mes de octubre de 1979; se nos motivó a una formación teológica pertinente que favoreciese el mejoramiento académico y la promoción de la vida pastoral en nuestro país. Se buscaba así favorecer desde esta casa de estudio, un auténtico acontecer de la vida consagrada en medio de nuestra realidad socio-cultural y religiosa, inspirada en el sano espíritu de pluralismo, propio del Vaticano II.

El inicio académico del nuevo Instituto recibió la frescura de la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, que se realizó en la ciudad de Puebla, del 27 de enero al 12 de febrero de 1979. Las pautas de Comunión y Participación vinieron muy al caso para enriquecer los primeros planteamientos que recibíamos en la introducción al estudio de la teología, con la perspectiva y la metodología en contexto.

El 1 de octubre de 1979 se dio inicio al 1º año Académico; ese grupo pionero lo conformábamos los docentes del primer semestre y 10 estudiantes, pertenecientes a 5 congregaciones: capuchinos, dehonianos, paúles y salesianos. Para esa fecha tan esperada nos reuníamos en los salones del Templo de La Chiquinquirá, en La Florida.

Recorríamos el segundo semestre, cuando fuimos sorprendidos con la noticia del asesinato de un Obispo mártir, en El Salvador. El 24 de marzo de

1980 quedó marcado en nuestra historia de estudiantes de teología, porque teníamos un sacerdote testigo coherente con la fe y que supo perder su vida por la causa del Evangelio, vivido desde los más pobres, hoy San Romero de América.

Siendo este un relato de corte testimonial, veo significativo resaltar algunos detalles de la vida que compartíamos en esos tiempos. Desde el inicio fuimos construyendo la confraternidad entre nosotros, los estudiantes y los docentes, con el patrimonio de los diversos carismas. Un primer pensamiento que había cruzado por las mentes de los protagonistas de ese momento fue el peligro de diluirse el propio carisma; se planteaba un peligro de indefinición carismática. Muy al contrario, en seguida fue surgiendo entre nosotros el brillo de cada fundador; lo notábamos en los planteamientos que nos ofrecíamos en las sesiones de aula, en los momentos de compartir espiritual, en las perspectivas de los profesores al orientarnos el estudio. El resultado fue de doble perspectiva: la asunción más plena del propio carisma fundacional y la apertura a una Iglesia de comunión. Pronto incluso se comenzaron a ofrecer los intercambios también con la riqueza de la vida diocesana, en el compartir deportivo, espiritual o de la reflexión con los estudiantes y algunos profesores del Seminario Santa Rosa de Lima. Con esos modos abrigábamos sueños de una Iglesia vigorosa en Venezuela.

Inolvidables y sólidas referencias paradigmáticas, eran las sesiones de aula, especialmente en el desarrollo de los diversos Seminarios de la dogmática. La providencia nos permitió contar con el testimonio de vida y la alta calidad profesional de los profesores que nos acompañaron en esa primera hora; de feliz memoria Carlos Bazarra, José Ayestarán, Jean Wyssenbach, Eduardo Ortiz, Pedro Trigo, Luis Ugalde, Arturo Sosa, Nicolás Bermúdez, Pedro Drouin, Eduardo Frades, Juan Pablo Perón, Gianfranco Còffele, Pablo Stocco. Su presencia fraterna y su significativo servicio académico nos marcaron a cada quien en la propia vocación religiosa y sacerdotal.

Por la generosidad de los Hermanos Capuchinos, estuvimos en su casa de La Florida desde 1979 a 1981, fecha en la que nos mudamos a Altamira, para tener nuestras sesiones de clase en los salones de un sótano anexo a la Casa Provisional de las Hijas de María Auxiliadora. Cumplido el tiempo, desde 1981 a 1986, el ITER fue mudado a las instalaciones del Centro Juvenil Don Bosco de los Salesianos (SDB), en la avenida Rómulo Gallegos, de Boleíta; allí permaneció hasta el año 1991. Ese año regresó a Altamira, esta vez a las instalaciones del Noviciado de las Hijas de María Auxiliadora (FMA), su actual sede.

La primera generación no contó todavía con los reconocimientos académicos; fue diez años más tarde, el 18 de septiembre de 1989, cuando se alcanzó la Afiliación “*ad quinquennium*” del ITER a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Salesiana (UPS, Roma); esto hizo posible la acreditación de los primeros títulos de *Bacalaureato* en Teología.

De ahí en adelante, las fechas del avance académico marcaron un paciente camino: el 20 de julio de 1994, la Renovación “*ad alterum quinquennium*” de la afiliación del ITER a la Facultad de Teología de la UPS y la apertura de la Licenciatura Eclesiástica (*ad experimentum* con la UPS) en Teología Pastoral. Dos años más tarde, el 10 de mayo 1996, la Afiliación “*ad quinquennium*” del ITER con la Facultad de Filosofía de la UPS para los primeros títulos de *Bacalaureato* en Filosofía. El 19 de febrero de 1999, la Agregación “*ad quinquennium*” del ITER a la Facultad de Teología de la UPS, para los primeros títulos de Licenciatura Eclesiástica en Teología Pastoral (UPS).

El 07 de mayo de 2000, se asume el Convenio entre CONVER y la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) para que el ITER sea la Escuela de Teología de la Facultad de Humanidades. Mientras tanto, el 21 de enero de 2002, se renueva “*ad alterum quinquennium*” la afiliación del ITER a la Facultad de Filosofía de la UPS. El 26 de junio de 2002, la Escuela de Teología pasa ser Facultad de Teología asociada a la UCAB. Para el 1 de octubre de 2003, se realiza la apertura de las Maestrías en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Bíblica (UCAB) y la apertura de la Licenciatura Eclesiástica (*ad experimentum*) en Teología Bíblico-Pastoral (UPS).

El 28 de febrero de 2004, se firma la renovación “*ad alterum quinquennium*” de la afiliación ITER a la Facultad de Filosofía de la UPS. El 3 de octubre de 2005 es la fecha de los primeros títulos de Licenciatura Eclesiástica en Teología Espiritual (UPS). El título civil de Licenciatura en Teología fue estrenado por la promoción del año 2005, siendo el ITER para ese momento, Facultad de Teología de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB, Caracas). El 10 de enero de 2006, fue la primera Colación de Grado de Licenciatura en Teología (UCAB). Ese mismo año, el 2 de octubre de 2006, es la apertura de la Maestría en Teología Fundamental (UCAB).

El 14 de febrero de 2007 fue la segunda Colación de Grado de Licenciatura en Teología (UCAB). Y al mes siguiente, el 22 de marzo de 2007, tiene lugar la apertura de la Licenciatura Eclesiástica en Teología Fundamental y Teología Bíblica-Pastoral (UPS). El 12 de julio de 2007 la renovación “*ad alterum bicineium*” de la afiliación del ITER a la Facultad de Filosofía de la UPS. El 27 de julio de 2008 es la tercera Colación de Grado de Licenciatura

Civil en Teología (UCAB) y el 26 de febrero de 2009, es la cuarta Colación de Grado de Licenciatura en Teología (UCAB). Y así todo ha continuado hasta el presente ofreciendo la posibilidad a los estudiantes de acceder tanto a la titularidad civil como eclesiástica en Teología y el baccalaureato en Filosofía.

## 2. UNA OPCIÓN PEDAGÓGICA

Los planteamientos para la fundación del ITER contemplaron desde el inicio la definición del perfil de discípulo pastor que requería la Iglesia en Venezuela por aquellos años, incluso en miras hacia el nuevo milenio que se avizoraba. En esa perspectiva se asumió una de las pautas que daba sentido a contar también con un Centro de estudios de religiosos en Venezuela. En vista de ese perfil esperado, se diseñó y se optó por un método de estudio y de consecuencia, se planteó una pedagogía adecuada.

Desde sus primeros años el ITER entendió el estudio de la teología como la *dedicación al quehacer teológico*; el estudiante dejaba de ser objeto de información de todo el valioso patrimonio de la Iglesia, para aprender a ser sujeto de su estudio y de investigación en la hermosa historia de la tradición y el magisterio eclesial. Quizá este elemento sea uno de los baluartes más valiosos que recibimos los estudiantes del ITER, dedicados al quehacer teológico y en la actualidad ya enriquecido con el quehacer filosófico.

Para aprender esta dedicación al quehacer teológico se nos inició en un dinamismo vital, podríamos decir existencial, mejor todavía: de interpretación histórica. La Iglesia del Vaticano II ya había definido que la Revelación de Dios acontece también en la historia; esa certeza daba base al modo de anunciar el Reino de Dios. En América Latina se asumió como el ejercicio de un discernimiento pastoral constante: aprender a ver y escuchar los desafíos de la realidad, con la mirada de Dios Padre; interpretarlos con la luz del evangelio de Cristo, para orientar una respuesta inspirada por el Espíritu Santo. Esta visión trinitaria la incorporó el mensaje de Aparecida (2007); cuando los inicios del ITER, se contaba con la primera formulación que se asumió en Medellín, ver juzgar y actuar (1969); y se enriqueció con los aportes culturales reflexionados en Puebla, sobre la Persona Humana, la Iglesia y la Sociedad (1979).

El docente y el estudiante de teología del primer momento, inserto en una comunidad cristiana, por su condición de religioso y por su condición de cristiano, busca en ese contexto social cercano cuáles sean los interrogantes

a la fe, cuáles los desafíos de la esperanza y cuáles sean las respuestas de la caridad. Así fuimos aprendiendo a combinar la investigación, con la oración y con la animación pastoral, practicando, entre todos, una pedagogía apropiada para la sistematización progresiva en el estudio de la teología. El ejercicio docente de los profesores iba marcando las pautas, las perspectivas, los planteamientos básicos. Para esa búsqueda se abordan los contenidos teológicos, la riqueza de la tradición y el magisterio eclesial, desde el horizonte hermenéutico de la revelación de Dios, la cual acontece en el proceso histórico-salvífico que vive el Pueblo de Dios en nuestra realidad contemporánea.

Eso explica que el método del ITER y su propuesta pedagógica incluyan junto al diseño curricular, la dedicación rigurosa al estudio, la lectura pastoral de la realidad, la asimilación sistematizada de la escucha, la exposición en las sesiones de aula, con el fin de construir un saber cooperativo; el recorrido académico se iba haciendo *iter teológico*, buscando el sentido de la salvación en las distintas cuestiones fundamentales del saber teológico. En los inicios se nos dieron las herramientas para esta tarea, difícil a causa de la compleja realidad cultural y social de nuestra historia y por los profundos y vertiginosos cambios que vivíamos. La teología y la filosofía son significativas si logran ofrecer un cuadro axiológico de referencia alternativa en la vida contemporánea del pueblo venezolano.

El quehacer teológico se entiende entonces con una experiencia de diálogo desde la vida, con la vida, por la vida y para la vida, según la declaración del Señor: "He venido para que tengan vida y en abundancia" (Jn 10,10). Este dinamismo hermenéutico da pie a la categoría del "encuentro", de la que el mensaje de Aparecida hace uno de sus ejes transversales: el encuentro con el Maestro, el encuentro con la vida, el encuentro con los hermanos, el encuentro con la cultura, el encuentro con la salvación de Dios.

Con la búsqueda y el encuentro, se requiere el diálogo para el esclarecimiento de la fe y para el anuncio comunitario del Evangelio; para profundizar el significado y las implicaciones salvíficas en todas en las coordenadas históricas que requieren la salvación de Dios (cfr. EN, 19). La humanidad lograda en su desarrollo vital refleja el amor creador de Dios; la humanidad frágil, quebrada en su identidad de creatura de Dios, implora por la misericordia de Dios.

Las sesiones de aula se constituían en momentos intensos de diálogo, de intercambio de tesis y de planteamientos, por momentos contrastantes, siempre requeridos de argumentos y humilde búsqueda entre todos. Es de notar la lealtad y gallardía de los docentes, incluso en momentos de diatribas

teológicas agudas, siempre se mantuvo la cordialidad, el respeto y la fraterna relación de reconocernos todos peregrinos en el sendero de la verdad.

Este clima pedagógico para el quehacer teológico nos desafiaba sin escándalo y podíamos comprender la urgente necesidad de revisar la arquitectura y la dinámica interna de los currículos para los estudios teológicos. Por ejemplo, era necesario aprender la interdisciplinariedad entre los aspectos teológicos entre sí y entre la ciencia teológica y las otras ciencias humanas, como la sociología, la antropología, la ética, entre otras.

Este componente del método y su pedagogía en el ejercicio de la teología, es la aplicación del horizonte hermenéutico con el que la Iglesia del Vaticano II actualizó el discernimiento y que recién nos plantea SS Francisco para aprender a reconocer, a interpretar y a orientar (GE, 166-175; CV, 278-298).

### 3. UNA INSPIRACIÓN ESPIRITUAL

Los contextos que hicieron de cuna al primer ITER, sus opciones metodológica y pedagógica, requerían unas certezas espirituales de fondo y por supuesto, inspiradas por la misma *ruah* de Dios. La fecunda semilla de los inicios, a la fecha actual ha germinado copiosamente, se ha hecho planta frondosa, ha crecido dando frutos, con nuevas semillas esparcidas en Venezuela y en el continente; en sus ramas y a su sombra se cobijan tantas personas y proyectos pastorales que son herencia silenciosa del ITER. Todo ese caudal de gracia de Dios en la animación pastoral de la Iglesia responde sin duda a la presencia y acción del Espíritu Santo en el proyecto del ITER. ¿Cuál es la sabiduría espiritual que inspira el quehacer teológico y filosófico en el ITER?

Dedicarnos a la contemplación pastoral de los acontecimientos en la historia como lugar teológico, constituye parte de nuestra fe en la salvación ofrecida por Cristo el Señor. Esa pedagogía teológica y espiritual está bien distante de planteamientos ideológicos fabricados para sostener o justificar circunstancias pasajeras. Aceptar la revelación de Dios en la historia hunde sus raíces en el mismo misterio de la Encarnación del Verbo eterno del Padre.

La inspiración espiritual que alienta los procesos de reflexión en el ITER tiene su manantial en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios; esa es su referencia: el anuncio salvífico que hizo Dios a su elegida María de Nazaret. La escena evangélica inspira mucho la pedagogía del quehacer teológico (Lc 1,26-38): en la vida sencilla de una comunidad respetuosa de Dios y confiada a su providente misericordia, en el contexto social, cultural y religioso

de los anawin, una familia es abordada por Dios. Ana y Joaquín colaboran con Dios para el nacimiento inmaculado de su hija, María de Nazaret.

En la juventud de María, Dios le anuncia su vida con un mensaje desconcertante; ella pregunta certera por el sentido de esa noticia que le trastorna su existencia. La pregunta inteligente cuenta con la respuesta de Dios y con la confianza de parte del corazón creyente. Aceptado el compromiso de la nueva alianza, la elegida de Dios se dedica diligente al servicio oportuno y con esa actitud de humilde sierva de Dios, canta su misericordia al realizar la liberación de generación en generación. (Lc 1,39-56).

La inspiración espiritual del quehacer teológico en el ITER está reflejada en el camino de fe apostólica que vivió María Virgen, la madre de Jesucristo, el Señor. La reflexión bíblica evoca a María de Nazaret quien *conservando todo en su corazón* (Lc 2,19), supo dedicarse como humilde servidora a los cuidados de quien la requería (Lc 1,39), cantó el gozo de la misericordia divina que siempre libera (Lc 1,47-55), indicó el camino de la obediencia a la palabra de su Hijo, para que acontezca la Hora de Dios (Jn 2,5), se mantuvo de pie en el calvario, cerca de su Hijo el Redentor (Jn 19,25), acompañó a los apóstoles y discípulos de la primera hora de la Iglesia con la irrupción del Espíritu Santo. (Hech 1,12-14).

El acercamiento de la reflexión teológica al misterio de *Cristo Jesús*, al nazareno Hijo de Dios vivo, primero se hace con la humilde confesión de fe del creyente que se reconoce testigo de Jesús Cristo; como Pedro, que inspirado refiere a Jesús de Nazaret como *el consagrado por Dios que pasó su vida haciendo el bien* (Hech 10,38), el Señor Resucitado, el Redentor de la humanidad para el perdón de los pecados. El camino a la cristología es la soteriología: quizá de este modo se disuelve la diatriba académica entre las perspectivas “de arriba o de abajo”. Con el carisma de la inspiración escrita que asistió a san Pablo, él nos enseñó la *kénosis* del Hijo de Dios (Fil 2,5-11).

Y en este encuentro de fe con la gracia salvadora de Jesucristo el Hijo de Dios, Él nos convoca en su Iglesia para desarrollar su misión redentora: *para que todos tengan vida y en abundancia* (Jn 10, 10). Para esa misión nos hace discípulos misioneros de la nueva evangelización: Jesucristo nos llama, nos configura, nos envía y nos acompaña en la misión. (cfr. Aparecida, 129 – 153).

#### 4. CON UNA MISIÓN, EN LA IGLESIA PARA EL MUNDO

Al celebrar los cuarenta años de la fundación del ITER, ahora nos preguntamos cuáles serán los nuevos retos teológico-pastorales que se nos plantean, desde nuestros actuales contextos de la Iglesia en Venezuela, en sus coordenadas socioculturales, políticas y económicas.

Para esa respuesta es importante vincular la memoria del ITER y del acontecer teológico de Venezuela con el quincuagésimo aniversario de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín (1969); y con el cuadragésimo de la Tercera Conferencia, en Puebla (1979). Las opciones teológicas y pastorales de los años ochenta, queriendo responder a los desafíos del momento, llevaron a la Iglesia a otear los horizontes de la nueva evangelización; en esa perspectiva San Juan Pablo II, durante su visita a Haití en 1983, convocó la preparación a la celebración de los 500 años de la Evangelización en América. De ese modo, con nueve años de mucha reflexión en diversos ámbitos y foros de la Iglesia, se llegó a la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Santo Domingo (1992); esa vez dedicada al asunto de la nueva evangelización, en la promoción humana y la cultura cristiana en los pueblos de América y El Caribe.

En ese clima pastoral tan vivo y retador para la evangelización del continente, Venezuela enfrentaba al interno una severa crisis socioeconómica y política en la década de los noventa; era resultado de una decadencia sistémica, gradual y vertiginosa de todo el aparato del Estado y de los diversos estamentos políticos, con las tristes consecuencias sociales y culturales que, desde entonces, hoy estamos enfrentando en modo alarmante.

En respuesta y previsión de mejoras para el desarrollo integral del país, con mirada profética y pastoral, en el mes de julio de 1996 la Conferencia Episcopal de Venezuela comenzó a pensar en un Concilio Plenario. Dos años más tarde, se anunció formalmente la Celebración del Primer Concilio Plenario de Venezuela, dando pie a su primera fase de preparación, durante el bienio 1998-2000. El desarrollo decidido del proceso teológico pastoral y participativo que representaba un Concilio Plenario nacional se fue combinando con eventos muy dolorosos por el frágil entretejido social y político que venía sufriendo la nación.

Mientras tanto, por el camino de preparación para la celebración del jubileo del año 2000, el discernimiento pastoral que propiciaban las consultas

nacionales para el desarrollo del Concilio, se enriquecieron oportunamente con las orientaciones de San Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Post Sinodal *Ecclesia in America* (1999), abriendo además el panorama pastoral a todo el continente.

El desarrollo del Concilio Plenario de la Iglesia en Venezuela ocurrió durante el sexenio 2000-2006, período en el que, a su vez, se estuvo preparando la Quinta Conferencia General del Episcopado de América y El Caribe, realizada en Aparecida en el año 2007.

Esta providencia de importantes procesos de reflexión pastoral encontrados dio como resultado favorable para Venezuela, el contar hoy en día con la referencia autorizada que representan las Orientaciones de los Documentos Conciliares, reconocidos tales por la Congregación de los Obispos en la Sede Apostólica de Roma, el 22 de abril de 2006 y promulgados en Venezuela el 7 de octubre del mismo año.

Ahora sí, la respuesta a la pregunta por los retos teológico-pastorales que hoy se le plantean al ITER, desde nuestros actuales contextos de la Iglesia en Venezuela, en sus coordenadas socioculturales, políticas y económicas. En otras palabras, un planteamiento acerca de la misión del ITER en la Iglesia de Venezuela, para el país y para el mundo.

Dar respuestas a los desafíos inmediatos es lo que confunde y distrae; para dar respuestas requerimos mirar lo más importante, para no distraernos en las emergencias, incluso las apostólicas con las que nos dedicamos a la sobrevivencia de un pueblo con hambre, sin medicamentos, sin trabajo y con su dignidad herida. La caridad social de primera mano que se nos está requiriendo para unir esfuerzos solidarios, no nos puede descuidar el aporte específico del ITER: el discernimiento ante este momento, preñado de tanto bien y vivido con tanto dolor.

En una situación social tan compleja por los conflictos en juego y al mismo tiempo tan prometedora por el potencial humano que somos, el reto del ITER apunta a la siembra consolidada de los pastores, consagrados y laicos, dedicados con pasión a la nueva evangelización para la transmisión de la fe en Venezuela, con el anuncio y la celebración del evangelio, con la comunión solidaria desde la caridad que sirve y con el acompañamiento pedagógico a las comunidades cristianas.

Inspirados en Su Santidad Francisco, cuando nos plantea la nueva evangelización (cfr. EG, 14-15), el ITER debe seguir aprendiendo a hacer teología y filosofía en y desde Venezuela; ese es el norte de su servicio en la Iglesia,

más que enseñar las materias de los currículos filosóficos o teológicos. Desde la vida y la praxis pastoral de las comunidades que acompañan los docentes y los estudiantes del ITER, será un valioso aporte para el país, la sistematización académica que se siga construyendo desde el avivamiento de la fe, en un pueblo confundido; con la certeza de la esperanza, en un pueblo desanimado; por las prácticas emprendedoras de la solidaridad que inspira el evangelio, con un pueblo desvalido en todo; con la paciencia en el certero camino de la fraternidad de un pueblo, ahora dividido en fracciones ideológicas. Se hace también necesaria la recuperación del entusiasmo en la vida de los cristianos encaminados por los senderos de la santidad.

Si el ITER se fundó para que acontezca la Vida Consagrada en Venezuela, los tiempos que estamos viviendo y los venideros nos requieren una presencia significativa porque profética en el acontecer nacional, tan lleno de desafíos para el logro de una vida plena en todos, porque la salvación de Dios pasa por la salvación de la historia humana. Como cuerpo social que somos, testigos y herederos de fundadores que respondieron en su momento a los retos que les daban sus contextos, hoy en día damos nuevas respuestas en una sinfonía de carismas, incluido el diocesano, para el fortalecimiento del pueblo creyente venezolano y en beneficio de toda la nación, en el concierto de los pueblos vecinos. El ITER debe seguir dando razones de fe y caridad para la esperanza, virtud que orienta toda auténtica y profunda transformación social.

## CONCLUSIÓN

El ITER está destinado a seguir preparando a los agricultores que se dediquen a la siembra, al cultivo y a la cosecha de la fe en Venezuela. Es un aporte de fondo, para el rescate de nuestra identidad nacional de pueblo creyente en Cristo, porque estando en el territorio patrio, vivimos como en un destierro; estamos dentro de los límites patrios, con vivencias que son de enajenados, con nuestra propia cultura arrebatada, heridas frontalmente nuestras familias y comunidades, saqueadas nuestras mejores costumbres y tradiciones de pueblo venezolano.

En mis aprendizajes con la pedagogía del pobre, en los últimos tiempos pregunté a varias personas de nuestras comunidades cristianas por el camino a transitar. En mi caso, todos los aportes recibidos estuvieron orientados a la esperanza, a la acción solidaria, a la paciencia, a la oración confiada. Aparte de las bromas y el humor con el que intentamos pasar este trago amargo, nunca recibí pautas de violencia o de agresión; todas las voces se orientan a los cambios para un mejor país, en los tiempos y modos de Dios. Son muestras de un pueblo creyente que, sin bibliotecas para investigar, sí hace teología y aprende del sentido común de la vida, porque reconoce la presencia viva de Jesucristo y el vigor de su Espíritu Santo que lo sostiene.